

Frente al Neo- liberalismo: ¿cooperativas posmodernas?

Héctor M. Bonaparte*

*Hay que adaptarse para no desaparecer.
Pero adaptarse más allá de cierto punto
(el que nos define en lo que somos),
¿No es también una forma de desaparecer?*

*“Hay que utilizar la energía de la catástrofe
como la de las mareas, la del sol
o la de los terremotos. (...)
¿Algún día, tal vez sacaremos energía
de la noche misma?*

(Jean Baudrillard, Cool Memories, 1989)

Introducción

A lo largo de varios años hemos estudiado las cooperativas de la Argentina. Infinidad de libros, documentos, declaraciones, observaciones y entrevistas jalonan esta búsqueda prolongada. Muchas de esas fuentes han sido aprovechadas a medias debido a interés específicos y a tiempos perentorios, de manera que pueden dar lugar a nuevas lecturas y análisis. Las preguntas motivadoras (hipótesis implícitas) han sido básicas, casi elementales, pero han tocado también problemas contemporáneos fundamentales de la organización, económica, política y social.

Una frase perdida de la Memoria Anual de una cooperativa ha planteado a veces datos inesperados. Una respuesta de algún dirigente ha podido suscitar aspectos en los cuales no se había reparado. Ha habido gerentes “sensibles” y gerentes “profesionales”. La expresión de los involucrados reveló en ocasiones la existencia de un lenguaje tradicional, distintos de otro aggiornado, que muestra un esfuerzo adaptativo frente a los nuevos sesgos de la existencia humana de nuestros días. Los miembros de los consejos de administración suelen aparecer a mitad de camino entre los requerimientos de los asociados y lo que promete la idea de una cooperativa (pasada ésta a su vez por el tamiz eficientista de las gerencias)

El cooperativismo argentino ha crecido mucho en un siglo de existencia, pero también ha sufrido algunas caídas estrepitosas. No es fácil determinar si esto último hubiera podido evitarse, ni tampoco precisar el modo de lograrlo. Hay una crisis cooperativa (como hay crisis de casi todo lo que existe: valores, sistemas, prácticas), y resulta com-

*Sociólogo. Profesor titular de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina, e investigador del Consejo de Investigaciones de esa universidad. Se desempeña actualmente como secretario de Investigación de la Facultad de Ciencias Políticas de Rosario. Es además, miembro del Instituto Argentino de Investigaciones de Economía Social (IAIES) y Secretario de Redacción de Cuadernos de Economía Social, publicación de dicho instituto.

plicado establecer cuánto de ella es atribuible a la circunstancia externa, cuánto al manejo que hacen las propias organizaciones solidarias, cuánto al efecto del tiempo sobre principios nacidos hace un siglo y medio.

De los pioneros de Rochdale a los cirujas de Rosario parece haber una distancia enorme: un siglo y medio, miles de kilómetros, formas de existencia muy diferentes. Eso haría pensar que lo que valió entonces debiera ser reformulado o descartado. Sin embargo, una mirada más detenida puede revelar que la motivación básica es precisamente lo que permanece: los desposeídos que se unen para intentar la respuesta que nadie proporciona a algunas de sus necesidades acuciantes. Podría decirse que con la misma esperanza de entonces, los débiles aguzan el ingenio y la voluntad para emerger de la postración y el olvido.

Volviendo la vista al entorno aparecerían diferencias mayores. De 1844 a 1993 el ser humano ha multiplicado los prodigios, lanzándose al espacio sideral, manipulando las fuentes de la vida, acercándose a la posibilidad de obtener una existencia sin privaciones para todos los humanos. Sin embargo, de un modo comparable el sistema de organización social predominante crea diferencias abismales y mayorías indigentes. Sólo que hoy los mecanismos, de la dominación, de la concentración de la riqueza y aquellos que permiten lograr la aquiescencia de los postergados, muestran una temible eficacia, y a la vez son manipulados por un grupo comparativamente cada vez más pequeño de privilegiados.

Puede sostener que las cooperativas son un producto de la modernidad. Se entiende ésta como la primacía de la razón, que desde el siglo XVI fue haciendo posible otra visión y otra organización del mundo y se universalizó en los siglos XVIII y XIX con el triunfo del capitalismo y de las repúblicas liberales. (Di Tella, 1989, pp. 393-394). En su formulación más genérica, el saber haría posible el progreso y la justicia entre los hombres. El capitalismo, la industrialización y la democracia liberal aparecieron como los grandes instrumentos de una transformación que prometía (y comenzaba a dar) abundancia de bienes en lo económico y posibilidades de luchar por normas equitativas de apropiación y distribución, en lo político.

Al cabo de las posibilidades nacieron las cooperativas. En una pequeña ciudad de Inglaterra los trabajadores sufrían privaciones, pero vencieron temores fundados de hostigamiento, pudieron crear un espacio organizativo que les permitió obtener a menor precio algunos bienes de consumo. Eso fue creciendo como alternativa solidaria tolerada, en una modernidad signada por el individualismo, la competencia y el lucro. Las cooperativas crecían mientras no llegaban a constituir una presencia urticante, mientras disimulaban sus perfiles contestatarios y mientras los beneficios empresarios mantenían sus niveles óptimos, sin necesidad de recurrir al hostigamiento de las expresiones críticas o alternativas.

Pero ese tiempo parece haberse agotado. Los componentes contradictorios que bullían en el seno de la modernidad han ido emergiendo y enredándose, en lo que ha llegado a constituir eso genéricamente denominado la “crisis mundial” de nuestros días. El capitalismo reina triunfante, ahora sin competencias a la vista, pero lo que tiene para ofrecer es desolador. Grupos mundiales cada vez más restringidos, ricos y poderosos que no están dispuestos a negociar nada (ni el envenenamiento del medio ambiente, ni el hambre de un tercio del género humano, ni el resurgimiento de viejas pestes) que pueda significar una merma de sus inimaginables ganancias. Así, las más altas posibilidades jamás alcanzadas por la humanidad se entremezclan con las realidades más bajas y contundentes.

Son malos para las cooperativas estos tiempos de concentración de la riqueza y de libre competencia falaz. Los datos están cargados, en perjuicio de los competidores chicos y la mayoría de las cooperativas se encuentran entre ellos. Con reglas del juego fijadas según los intereses de los competidores grandes, el espacio popular de las cooperativas se restringe más y más. Estas parecen estar entrampadas, pues si crecen y adoptan técnicas empresariales “agresivas” incurren en contradicciones desnaturalizantes.

Mientras resisten (¿o sucumben?) a las tentaciones adaptativas posmodernizantes, otras experiencias cooperativa reverdecen en el nivel más elemental de la sociedad. Sectores muy necesitados (verdadera periferia de la periferia) miran los mecanismos organizativos solidarios como su tabla de salvación y se aferran a ellos. Las realizaciones que aludimos en este trabajo no parecen tener volumen como para extraer conclusiones definitivas, pero hay indicios de que la necesidad extrema actualiza prácticas que algunos creían destinadas a los museos, como muestras de un tiempo que ya pasó (¿De una historia que terminó?)

Nos ha parecido muy interesante detenernos en eso. El tiempo dirá si el supuesto, “fin” (de la historia ¿y también de las cooperativas?) es nada más que un principio de algo difícil de predecir.

I. La modernidad y las cooperativas

1.1. Malos tiempos para las cooperativas

Alguien podría sostener con fundamento que si el neoliberalismo fuera consecuente tendría que eliminar las cooperativas. Sus políticas, en efecto, que muestran un perfil extremo del capitalismo, postulan reducir el Estado a su mínima expresión (¿cobrar impuestos y perfeccionar la sofisticación represiva, quizá?) y privilegiar la esfera privada del quehacer social. Las cooperativas son empresas privadas y por tanto no deberían temer por su futuro. Pero el ajuste neoliberal beneficia solamente a lo privado de gran tamaño y lo hace a costa de lo privado pequeño, que es la dimensión en que se ubican principalmente las cooperativas.

Además, las cooperativas cultivan la solidaridad y se construyen en base a ella. En ese aspecto sí llevan las de perder, porque la solidaridad no figura en el léxico neoliberal. En estos tiempos se pretende que sea un término anacrónico, un relictó, testimonio de una historia que terminó.

Por supuesto que en el plano de los negocios lucrativos existen uniones y reciprocidades. Pero ellas se dan en un sentido comercial y por tanto son ocasionales. Es decir, duran lo que las conveniencias indican, en términos de dividendos y beneficios pecuniarios. La evolución de las uniones y reciprocidades está marcada directamente por el cálculo numérico y las conveniencias de la política empresarial económico-financiera.

Esas solidaridades calculadas de los grupos poderosos si funcionan. Sin embargo, lo que se presenta como modelo a la población en general es arreglarse cada uno lo mejor que pueda, sin preocuparse por el prójimo. Pareciera que lo que da buenos resultados en la cúspide de la pirámide social, es contraproducente en la base mayoritaria. Para los sectores medios, medio-bajos y bajos de la sociedad, practicar el individualismo- que predicen pero no ejercitan los poderosos en tanto saben asociarse para acrecentar su poder- equivale a “amasar su infortunio”, pues se condenan así a la condición de eternos débiles y perdedores.

Existen zonas desérticas en algunas partes del mundo que se convierten en jardines cuando llueve, en muy contadas ocasiones. Pude interpretarse que son páramos a pesar suyo, puesto que encierran una fuerza vital que permanece inactiva por falta de humedad. Eso tiene algún punto de comparación con la situación de grandes sectores sociales que en comparación reciben muy poco de la riqueza que produce toda la sociedad. Sin embargo, tal “aridez” tiene posibilidades de convertirse en fertilidad cuando la unión organizada le provee la “humedad” necesaria. Tal podría ser el caso de los intentos cooperativos de sectores muy bajos y marginales de los cuales hablaremos más adelante. (La “desertificación” social y económica a la que están sometidos revalorización por contraste la “humedad que aquellos sectores buscan en la organización de forma cooperativa).

1.2. A la sombra de la modernidad

Para el pensamiento medieval en general el mundo era “perfecto”. “Cerraba”, como se usa decir ahora de aquello que puede mostrar su propia coherencia. Las Escrituras y los dogmas estaban allí para corroborarlo y el conocimiento científico seguía muy de cerca las concepciones predominantes. Había jerarquías cósmicas y terrestres, del universo y de la sociedad, justificadas por el prestigio y la fuerza de lo que generalmente se denomina el pensamiento “oficial” (es decir, el de los grupos que monopolizan la riqueza y el poder).

Los sabios (tanto religiosos como laicos) indicaban con su autoridad el lugar que debían ocupar las personas y las cosas. Su saber se imponía por el prestigio de que gozaban y por contraste con la ignorancia del resto de la sociedad. “Prestigio” es la manera inocente de aludir a la condición de las ideas elaboradas por los poderosos para eternizar su poder, persuadiendo a todos (también a los dominados) del cómo y el por qué de suprapropio mundo, según las conveniencias de aquel poder. Aunque también existía el lado severo de tal persuasión, representado lisa y llanamente por el tormento y la eliminación de los disidentes.

Algunos sabios excepcionales, como Galileo y Copérnico entre otros, osaron rendirse a lo que percibían como evidencias de la realidad, una realidad que se les presentaba como muy distinta de la “oficial”. Hechos como la retractación forzada de Galileo frente a los instrumentos de tortura de la inquisición no pudieron impedir que las nuevas teorías fueran abriéndose paso de manera paulatina. La razón iluminaba las cosas con una luz nueva, permitiendo que se cuestionaran “evidencias” de siglos. Alumbró, por ejemplo, a los grandes viajeros que cambiaron el mundo con mucho arrojo, pero también con brújulas, cartas marinas y mapas astronómicos. La observación, el registro, la comparación, el cálculo, se mostraban como instrumentos sumamente eficaces.

Se pudo cuestionar así el orden de los elementos y también el orden de los estamentos. Pudo percibirse que la jerarquía social vigente era obra humana y por tanto podía ser puesta en cuestión. Las posibilidades de libertad que proporcionaba la razón, estimularon a nuevos grupos sociales a disputar espacios políticos, al tiempo que parámetros renovados de la producción y el comercio presionaban hacia cambios en el área económica. Las grietas aparecidas en el siglo XVI en la estructura social, política y económica del mundo europeo gestaron la modernidad a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, quedando como hitos significativos las denominaciones revolución burguesa y revolución industrial. (Touraine, 1988, p. 470).

A mediados del siglo XIX, lejos del poder predominante de la nobleza y del clero, al amparo de las nuevas libertades propiciadas por la burguesía como requisitos de su presencia creciente, tuvo lugar la primera experiencia cooperativa. Fue una presencia “reactiva”, en ple-

no escenario donde se operaba la industrialización y la liberalización de las prácticas políticas y de los mercados. El capitalismo triunfante aparecía como el poderoso motor de transformaciones que no dejaban aspectos de la existencia humana sin afectar. El mundo se daba vuelta como un guante, gracias a que la razón y la libertad (aguijoneando a su vez multiplicadas innovaciones tecnológicas) desataban viejas ideas y prácticas sociales limitativas, mostrando nuevas posibilidades de inventiva, creación y bienestar para el género humano.

Pero a la vez se anunciaba el signo esencialmente contradictorio de la modernidad. La fisura tenía que ver con los criterios de producción y de usufructo de la riqueza, con lo que cada uno aportaba y tomaba del sistema. No todos los postulantes a la felicidad prometida y vislumbrada estaban en condiciones equiparables. No era lo mismo contribuir con el capital que hacerlo con el trabajo. La competencia no era libre sino que estaba marcada por el bagaje inicial con que cada uno la acometía. La búsqueda del benéfico mayor y creciente convertía a la libertad de los individuos en una fórmula de contenido paradójal.

Las viejas ataduras ya no existían, pero habían aparecido otras. El sistema tenía “hijos y entenados”. Había centro y periferia en la sociedad. Para unos existía la abundancia, mientras que para otros en comparación quedaban las necesidades insatisfechas. Los que aportaban su único bien- el trabajo- sabían que los bajos salarios y la amenaza del desempleo los mantenían en los límites de la subsistencia, con una probabilidad casi nula de percibir los beneficios de una libertad formal y exclusiva. (Holyoake, 1989).

En ese clima de discriminación y desigualdades – pero también de posibilidades y de luchas para combatir aquéllas- apareció la cooperativa como instrumento novedoso de los trabajadores restringidos a la periferia del sistema. En una línea asimilable a la de la puja por los derechos ciudadanos y a la de la mejora de los salarios y de las condiciones de trabajo, se ubicaron estos tímidos emprendimientos que procuraban evitar precios prohibitivos en el abastecimiento de los hogares de los trabajadores. De allí que sea posible afirmar que las cooperativas son un producto de la modernidad. Más adelante intentaremos ver si esto aporta un elemento contradictorio al accionar cooperativo, y si ata esas organizaciones a los avatares y destino de la modernidad.

1.3. La modernidad se muerde la cola

La modernidad (madre de muchas cosas y también de las cooperativas) presenta un panorama de aventuras y horrores, de ambigüedades e ironías, de paradojas y contradicciones. (Berman, 1988, p. XII). Ha asistido, por ejemplo, a la disolución de la idea de progreso. Salvo que el progreso se reduzca a la velocidad o al desenvolvimiento técnico, es difícil sostener que la humanidad como un todo circule por una senda de bienestar y paz creciente. Quizá podría concederse que hay un progreso de posibilidades, si se aceptara al mismo tiempo que las realidades efectivas muchas veces cercenan de modo prolijo aquellas posibilidades.

Los ejemplos de esta gran contradicción se multiplican, pero uno solo puede dar una idea clara de lo que estamos expresando. Se recurrió a las masacres de Hiroshima y Nagasaki para terminar con el azote de las guerras. Pero caben estas preguntas: ¿se concluye una matanza matando más? ¿se apaga un incendio con más fuego? La verdadera razón de un acto tan importante fue otra: una guerra se gana como sea; todo lo que sirve para exterminar al enemigo es bienvenido. El prodigio tecnológico bélico es algo diabólicamente contradictorio en sí mismo, ya que toda creación es inseparable de su utilización. La industrial de armamentos, siempre poderosa y floreciente, es la expresión más clara de la contradicción

esencial. Las decenas de miles de muertos en las dos ciudades japonesas solamente han servido para reemplazar una guerra grande por muchas guerras limitadas (aparte de que otra grande siempre es posible y de que el límite entre un tipo y otro es ambiguo).

Otra gran contradicción es que se destruye el medio ambiente natural para enriquecerse, sin importar el hecho de que aquél es necesario para la vida. Valorar la acumulación del beneficio económico por sobre la existencia misma implica una lógica absurda, que otorga primacía excluyente al goce privilegiado de un placer hoy y aquí, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Si esto persiste, si este presunto progreso basado en las máquinas y en las ganancias continúa arremetiendo contra fuentes irremplazables de la vida en el planeta, no sería exagerado pensar que se está en presencia de una especie de locura a la vez homicida y suicida.

Las tendencias señaladas se presentan con perfiles tan insostenibles como persistentes. Las voces de alerta no parecen influir hasta ahora a los grandes responsables. Considerables grupos económicos supranacionales “sin rostro humano” aparentan haber cobrado autonomía, respondiendo sola y automáticamente a un programa computarizado de logros crecientes en materia de riqueza y poder. Como lo expresa un autor, se ha perdido el contacto con las raíces de la propia modernidad. (Berman, 1988, p. 3) En efecto, ¿qué queda de las grandes ideas fundadoras: razón, libertad, bienestar, justicia para todos, los seres humanos?

Filósofos, estadistas, científicos de variadas disciplinas se suman para fundamentar la alarma ante lo que parece insensatez convertida en modelo. Para colmo un modelo que consigue instalarse en la mente y las prácticas de la gente común, la cual pierde la capacidad de soñar pero se encandila con abalorios falaces. Es verdad que se multiplican los movimientos ecologistas, pacifistas, de derechos humanos en una misma reacción saludable, pero a pesar de sus demostraciones masivas la eficacia de su accionar está muy por debajo de la conseguida por el aparato que combaten. En un contexto de tales características. ¿qué pueden esperar las cooperativas?

1.4. ¿Hacia dónde lleva la contradicción?

El mundo moderno es radicalmente contradictorio. Tanto vale una cosa como su opuesto. Las diferencias se agrandan. La riqueza restringida y agresiva hace más patente una pobreza degradante y extensiva. Cuando más se puede, menos se hace respecto de una fracción postergada del género humano. Berman pone en boca de Marx la afirmación de que todo eso tiene que ver con la circunstancia de que coexiste una notable abundancia de posibilidades con una gran ausencia de valores. (Berman, 1988, p.8). Casi todo se puede, ¿pero para qué? ¿qué es lo que se sacrifica para procurar lo que se quiere?

El “fracaso” del socialismo real ha dejado al capitalismo sin competidor a la vista, reinante en casi todo el mundo. Esta situación ha tenido una concomitante histórica con el auge avasallador de las políticas neoliberales, también en buena parte del globo. En virtud de estas ideas y prácticas de prestigio reciente desaparece el problema social, y el Estado se convierte en el principal “enemigo”. La asimilación de socialismo con estatismo, practicada durante décadas, hace una eficaz contribución al desprestigio de un Estado que se califica de hipertrófico e ineficiente.

Se enajena al capital privado todo lo estatal que se puede (no importa la contradicción de que se comienza precisamente por las empresas públicas más sanas y eficientes), el Estado se reduce a recaudar impuestos y a mantener un buen aparato “disuasi-

vo”, y los sectores más débiles de la sociedad quedan librados a su capacidad de supervivencia. La salud, la educación, la vivienda, la seguridad social van siendo eliminadas de las preocupaciones oficiales. En el marco de América latina, el reciente rechazo de las privatizaciones por la población de Uruguay a través de un plebiscito puede considerarse atípico, pues la prédica indiscriminada contra los emprendimientos estatales ha hecho su efecto en el común de la gente.

El liberalismo subyacente en estas políticas tan difundidas hoy, preconiza la libertad formal, la propiedad privada y un mercado librado a sus propias fuerzas. (Di Tella, 1989, p. 358). No está necesariamente ligado a la democracia, porque la equidad entre personas y grupos está seriamente afectada desde el momento que éstos disponen de cuotas muy desparejas de poder y de posibilidad de influir en las decisiones. El voto democrático se convierte en un instrumento de eficacia limitada, mediatizada por las opciones políticas disponibles, por las complicaciones de los sistemas electorales, por el elevado costo financiero de las campañas, por el acceso dispar a los medios de difusión, por el desarrollo de las técnicas de “persuasión” publicitaria, por la ambigüedad de los discursos políticos, etcétera.

En la mayor parte del mundo de nuestros días queda planteada una gran contradicción como núcleo definitorio del sistema económico y social vigente. La gran posibilidad (una vida sin privaciones para todos los seres humanos) se da la mano con la realidad traumática (pobreza, enfermedad, sojuzgamiento, humillación). La contradicción es constitutiva, inherente, una especie de motor absurdo del sistema. No viene de afuera, impuesta por amenazas o ataques de enemigos poderosos que obligan a sacrificar la promesa de abundancia. Los enemigos (el socialismo) han sido barridos en el capítulo “final” de la historia. Sus rigideces y desviaciones han motivado la demolición de lo que construyeron con tanto esfuerzo. “Desaparecido” el socialismo, en lugar del final feliz, el capitalismo no puede ofrecer más que increíbles desnudeces.

2. La posmodernidad y las cooperativas

2.1. El corte radical del posmodernismo

La postura posmoderna implica la hipótesis de un corte radical de la modernidad, producido a fines de los años '50 o principios del '60. (Jameson, 1991, p. 15) La modernidad se ha extinguido, quedando su proyecto a mitad de camino. Una razón por lo menos “dudosa” y una libertad “condicional” en muchos sentidos, han dejado a los seres humanos sin mecanismos confiables de orientación y en medio de un paisaje que por momentos se vuelve amenazador. La modernidad desató fuerzas promisorias, éstas se movieron de maneras sorprendentes y el espectáculo se considera terminado, con una resultante extraña a la idea inicial, más el riesgo de lidiar con fuerzas mal conocidas y peor controladas.

Desvanecidas las premoniciones redentoras, el género humano camina por la cornisa: percibe que, de un lado, todo terminó (la historia, las ideologías, las clases sociales, etc.) y del otro se insinúa un vértigo tentador, superficial, esquizoide, de brillantes y renovados simulacros. (Jameson, 1991, p. 22). Este último mantiene a las personas continuamente atentas. De manera tal que la comprensión queda absorbida por la simple atención. En la sucesión de imágenes que muestran (¿o simulan?) la realidad, los restos del muro de Berlín producen júbilo que no se empaña con el empobrecimiento de los ex alemanes orientales, de modo parecido, los festejos por el derrumbe del imperio rojo, no dan tiempo para incorporar la preocupación por la matanza de la Europa balcánica o los “genocidios virtuales” de la miseria y el hambre.

Alguien podría haber acuñado la imagen del “cogito interruptus” para aludir el corte abrupto de la modernidad que deja espacio libre para las miradas, ideas y realizaciones posmodernas. La Racionalidad no desaparece, pero ha perdido el esplendor. Su lógica es descarnada y en ella la dimensión del tiempo (¿la historia concluida?) se esfuma, pareciendo llevarse con ella las perspectivas del mediano y del largo plazo. Se trata de una lógica arriesgada, pero el riesgo no es corrido por los actores sino que se desplaza alegremente hacia delante, eludiendo toda responsabilidad por lo que presumiblemente ocurrirá.

Podrían compararse esos procedimientos con una especie de suicidio simbólico y festivo, ya que no afecta a los protagonistas sino que se estipula para los que vendrán después. Sería un gozo que evita los riesgos hoy, mientras se siguen acumulando las condiciones que harán más certeros esos peligros en el futuro. Pero no un futuro remoto y difícil de imaginar, sino uno que se mide apenas en décadas y puede afectar a los descendientes directos de los actores presentes. El paradigmático consumo se convierte en depredación y los desperdicios se barren debajo de una alfombra sobre la que tendrán que arreglarse para caminar los hijos y nietos de nuestros contemporáneos.

La razón produjo la ciencia y la ciencia es ensalzada por sus logros: el espacio, las comunicaciones, la genética, la inteligencia artificial, por mencionar algunos. Ahora el respeto por la ciencia se ha vuelto formal, a medias: se aprovechan los resultados que proporcionan poder y comodidad, pero no se atienden muchas advertencias de los científicos. Existe una suerte de nueva relación con la muerte o de desapego por la vida (sobre todo de los demás). La capacidad de comprender la realidad parece reducirse a la dimensión del placer propio e inmediato, con olvido del “otro” y del “después”. Incluso en términos de un cálculo racional de medios y fines (Weberiano), ¿no significa eso la “interrupción del cogito”?

2.2. *La libertad y el espectáculo*

La libertad fue bandera de la revolución burguesa, porque resultaba imprescindible para cuestionar el orden estamental del feudalismo. Era una herramienta ideológica eficaz para aflojar los goznes de aquel sistema de dominación, de manera que pudiera ingresar los nuevos grupos socioeconómicos urbanos y ganar un espacio en la trama de la economía y de la sociedad. Fue una idea y también fue una práctica, que hizo posible además el desencasillamiento de otro sector que poco a poco estuvo en condiciones de hacer oír y valer su opinión en el campo de la política, así como de vender su fuerza de trabajo en el campo laboral.

En la propuesta, todos los ciudadanos eran “libres” de elegir su vida en un mundo lleno de promesas. El mercado era la arena de ese juego sin preferencias, donde podían competir sueltos de ataduras el débil con el fuerte, el pobre con el rico, el ignorante con el instruido, confiando en que la “mano” señalada por Adam Smith iba a emparejar las acciones como un invisible árbitro universal. Merece remarcarse cómo aquella idea de la época “inocente” del capitalismo se exhuma hoy, cuando mucha experiencia histórica acumulada ha mostrado con reiteración que la ley del mayor beneficio posible no es descarnada de unos para evitar exacciones, ni la explotación descarnada de unos seres por otros.

Libertad para enriquecerse y libertad para pasar privaciones han sido las dos caras de un sistema donde las oportunidades pueden aprovecharse de acuerdo con una ecuación compleja que permite y fomenta las mayores disparidades ente competidores supuestamente libres. La extracción de clase y la educación recibida son algunos de los factores

que “cargan los datos” en un juego que aparenta conceder el premio solamente a los más capaces. La libertad crea un clima deseable de posibilidades, pero el lugar muy diferente donde cada individuo nace determina montos extremadamente dispares de la libertad real que cada uno puede usufructuar.

Por otro lado, la fascinación de la imagen y la avalancha de estímulos audiovisuales resultan del ejercicio de la libertad de expresión, pero al mismo tiempo encierran la variedad de la información dentro de los altos muros del mayor beneficio económico y de servir al sistema de valores vigente. Al convertirse todo en espectáculo (da lo mismo un asalto, un lanzamiento comercial, una intriga palaciega o de alcoba, un anuncio gubernamental, un encuentro deportivo, etc.) se borra el límite entre ficción y realidad. Eso permite, por un lado, conmocionarse por un choque de vehículos mostrado en la televisión, y a la vez transitar normalmente entre cada vez más menesterosos que duermen en la calle tapados con diarios. Por otra parte deja voluntariamente indefensa la porción de la libertad que tiene que ver con la vida íntima o familiar, frente a la discutible libertad del “periodista” para inmiscuirse y hurgar en el dolor o los conflictos personales.

El ejercicio de la libertad convertido en espectáculo contribuye a reducir aquella a una pantomima. Como se trata de una tramoya fascinante desluce- por contraste- las manifestaciones de la autonomía creativa de las personas reales. Es visible la pendiente por la cual el espectáculo permanente nos conduce con hilos sutiles que consentimos cada vez más, distraídos de los fragmentos de libertad que nos escamotean a diario. La pérdida real queda invisibilizada por el propio mecanismo, y sin embargo el ciudadano medio tiende a sentirse reconfortado pro un supuesto “hago lo que quiero” que no existe en las “dictaduras socialistas”. No hace falta aplicar la visión apocalíptica de que habla Eco; es cosa de todos los días.

2.3. *El día después*

El mundo moderno se amasó con la razón y la libertad constituida en dos sus basamentos fundamentales. Estas, sin embargo, no son monolíticas ni unívocas. Dependen del sentido que se de a su vigencia y han contribuido, por tanto, a la contradicción básica de la propia modernidad capitalista, que constituye destruyendo y viceversa. En efecto, la razón sirvió para disipar las tinieblas del “dogmatismo oscurantista”, pero también para poner el conocimiento científico y tecnológico al servicio del mayor beneficio económico de la pujante burguesía. A todo esto la libertad instaurada en el mercado presidía un juego de competidores muy dispares, algunos de los cuales ya nacían perdedores a causa de su debilidad económica y social.

Aquel andamiaje creció, mostró sus futuros dispares (portentos tecnológicos, guerras fulminantes, grupos de riqueza y poder incalculables manejando el mundo, más pobres empobrecidos, comparativamente menos ricos con mayor riqueza), y según la hipótesis de la posmodernidad terminó como etapa, marcándose un corte radical después el cual se inició algo diferente. En esta manera de ver las cosas quedan planteadas varias preguntas esenciales, en la búsqueda de cuyas respuestas se invierten buena parte de la energía intelectual de nuestros días. ¿Qué es lo que terminó? ¿Hasta qué punto terminó? ¿Qué es lo que sucede? ¿Cómo se evalúa esto que lo sucede? ¿Hacia donde apunta, qué promete, qué futuro tiene?

En su momento, lo moderno, fue visto como disolvente y subversivo. (Jameson, 1991, p. 19). Esto se hizo notorio en el campo de la cultura, donde producciones como

las de Picasso y Joyce se consideraban directamente escandalosas. Esos que fueron oposición son ahora “clásicos muertos” en la perspectiva posmoderna, que pueda así entenderse como una gran trituradora. Una especie de máquina que consigue desactivar y digerir para la sociedad hasta los bocados más revulsivos. En niveles comparables a los de los casos mencionados, el Che Guevara pasó de ser casi “enemigo público número uno”, a póster inofensivo que se ofrece en las esquinas. El rock de hoy – sin olvidar además la polisemia que encierra- está en buena parte alejado de las aristas contestatarias que los asociaron a eventos como el de Woodstock. El ecologismo a su vez, podría estar camino a limitarse a cuidar plantas o gaviotas embetunadas, olvidando que el insaciable gran empresariado capitalista es le principal contaminador de la tierra. Para concluir esta enumeración incompleta cabría decir que el feminismo (entendido como lucha contra la discriminación de las mujeres), corre el riesgo de ser banalizado como físico-culturismo o como porcentaje forzado en las listas de candidatos a legisladores.

Esta banalización desactivante que opera el posmodernismo se mezcla con un repudio de lo moderno. Se sostiene que ya no rigen las leyes del capitalismo clásico, que no existe la primacía de la producción industrial, ni la omnipresencia de la lucha de clases. (Jameson, 1991, p. 17). Si esto fuera así, la presencia de las cooperativas sería algo parecido a una curiosidad arqueológica. Si las condiciones que dieron lugar a su nacimiento ya no existen, ¿a qué pueden responder entonces organizaciones que excluyen el lucro y se basan en la solidaridad? ¿Qué sentido resta a la concepción que otorga un lugar equitativo a cada persona y respeta la facultad de cada uno para intervenir activamente en la adopción de las decisiones del grupo?

Las cooperativas son un producto de la modernidad. La visión posmodernidad las convierte en “clásicos muertos”, adaptando la cita que se hacía unos párrafos antes. Una fórmula tan simple como la de lograr “cooperativas posmodernas”, resolvería su permanencia y continuidad. Pero si en lugar de una integración de ambos elementos (cooperativismo y posmodernidad) se tratara de una opción entre dos realidades no conciliables, el problema planteado sería muy serio. Esta duda es vital y en ella se juega no solamente la existencia de las organizaciones solidarias, sino también de concepciones humanistas a las que parece suicida renunciar.

2.4. ¿No existe opción?

En definitiva, la perspectiva de la posmodernidad constituye un paradigma ideológico y cultural dominante útil para esta etapa del capital. (Jameson, 1991, p. 121) . Este nuevo y aturdidor capital multinacional tardío, que algunos consideran la etapa más pura del capitalismo (Ernst Mandel, citado por Jameson, Idem, p, 19). No es fácil precisar si se trata de un capitalismo que se perfecciona o que se degrada: dependerá del punto de mira adoptado. Si el observador se sitúa en la mirada modernista, podrá decir que las fuerzas convocadas se volvieron incontrolables y neutralizaron los instrumentos – metas de la razón y de la libertad. Para la mirada de la posmodernidad, en cambio, la embriaguez del vértigo es el procurado Nirvana de esta época. La posesión y el consumo de bienes deja un lugar considerable al espectáculo: la imagen masajea los engranajes del entendimiento y regala una placidez que para muchos no pueden derivar de la propia degustación, sino de la contemplación de los perfiles deslumbrantes del hartazgo ajeno. No solamente pensar se considera aburrido y pasado de moda: también comer y respirar- en un sentido amplio, casi ecologista- pueden supeditarse al simulacro de una existencia que desplaza los sinsabores de la vida real. Al fin y al cabo, resulta más sencillo eludir que dar, y hasta parece que la gente queda más contenta.

¿Cómo se entiende que se hable de un corte fundamental entre modernidad y posmodernidad, si el capitalismo continúa vigente como columna vertebral (aunque sin la oposición visible del “socialismo real”)? Quizá ocurre como lo entiende Marí, que la lógica de producción de ese capitalismo se mantiene sin variación, en tanto se ha deteriorado su sistema de valores. O sea, que este deterioro permite al sistema del mercado y el lucro ampliarse con el tráfico de armas, estupefacientes, órganos humanos y pornografía. (Marí y otros, 1988, p. 15). Y con el último “logro” que desnuda (o cambia las vestiduras) el sistema, al convertir en fuente – instalada y cuasi autónomas- de beneficio las “conclusiones”, que alimentan la avalancha de negocios en buena parte del mundo. ¿La corrupción, es un subproducto un accidente mortal o una variante “nueva” del sistema? ¿Se trata de valores “perdidos” – como insinúa Marí – o de una misma lógica, que no tendría por qué desechar la posibilidad de un beneficio o lucro, cualquiera sea el lugar o la forma en que la misma se presente?

En los prolegómenos de la modernidad la ciencia luchó contra el dogmatismo. (Marí y otros, 1988, p. 37). Una de las funciones de la ciencia parecía, precisamente, penetrar con su luz esas oscuridades. La tecnología, a su vez, se desarrolla con una prolongación y una aliada del conocimiento científico, ya que en la práctica respalda y efectúa una cuasi “legislación” de la ciencia. Además y en buena medida, la tecnología requiere grandes inversiones de capital para su desenvolvimiento. Así, por la vía de la tecnología, la riqueza se convierte en “socio” de la eficiencia y entonces en una especie de condición de la verdad científica. A través de ese camino la ciencia se enfrenta con su aliada, la tecnología y debiera determinar si compromete su cometido histórico con los intereses de los inversores y hasta qué punto lo hace.

Por último, aceptar que el mundo se enfrenta hoy con una nueva “herida narcisista” (Marí y otros, 1988, p. 43), lleva a realizar algunas consideraciones. ¿Se ha desvanecido, realmente, la idea de un futuro mejor? De ser así, el porvenir no asegura a la humanidad el logro de la emancipación, ni de la igualdad, ni de la sabiduría. Pero ningún “derrotero histórico” puede llevar a los seres humanos por otro camino (ni hacia otra meta) que no sea lo que las propias ideas, voluntades y realizaciones hagan posible. De tal manera, “desesperar de la historia” equivale a que la humanidad deje de pensarse como una posibilidad, la cual requiere una lucha sin fin por objetivos que poseen dos grandes aspectos definitorios: por un lado, están sujetos a continua revisión; por el otro, no cuentan con ninguna instancia que asegure ni su logro ni su permanencia.

3. ¿Cooperativas posmodernas?

3.1. El marco cultural adecuado

Más allá de las políticas neo- liberales concretas, no hay que perder de vista el marco cultural adecuado a las mismas. Nos referimos a la difusión y la logro de la aceptación por buena parte de la sociedad, de las ideas que hacen falta para que la gente comparta el punto de vista oficial, o por lo menos dude, y sobre todo que no consiga fácilmente claridad de percepción ni fuerza organizativa para intentar resistir la óptica de los poderosos. Cuando se dice “punto de vista oficial” se alude a un espectro amplio que incluye en la Argentina – además de los grupos conservadores tradicionales- a los dos partidos políticos mayoritarios, con diferencias que se refieren solamente al ritmo y “limpieza” en la realización de las políticas neo- liberales, pero no a su esencia.

Se ha conseguido presentar al grueso de la sociedad un paradigma ideológico y cultural útil para esta etapa del capital. (Jameson, 1991, p. 121). Y como decíamos recién,

se ha logrado el consenso de una parte del grueso de la sociedad y la neutralización de otra porción importante. De manera más específica, autores como el que venimos citando expresan que la cultura posmoderna es la expresión superestructural de un nuevo momento de dominación militar y económica de Estados Unidos en todo el mundo. (Jameson, 1991, p. 20). Eso se da, por añadidura, sin “enemigos” a la vista, porque la persecución hacia Cuba más bien parece el resultado de un dramático capricho de la potencia que se esfuerza en demostrar que lo puede todo.

Esta etapa para la cual se ha elaborado una variedad de dominaciones (del capital multinacional tardío, del capitalismo salvaje, la más pura del capitalismo, posindustrial, etc., etc.); que se expresa en las políticas neoliberales que dirigen todo su esfuerzo hacia una concentración cada vez mayor de la riqueza; que “desregulan” el mercado a la vez que “regulan” con eficiencia creciente la percepción de las personas mediante el marco cultural del posmodernismo; esta etapa deja afuera una cantidad considerable de emprendimientos con bases y objetivos populares. Entre ellos las cooperativas. Sin necesidad de perseguirlas directamente (llegado el caso podría hacerse), se crea un “vacío” que las afecta de manera negativa.

Puede subsistir la formalidad de un doble discurso oficial que señala el papel de las cooperativas como recursos de los pobres para sobrevivir (reciclando, por ejemplo, algunas empresas privatizadas en las que nadie se interesa). Pero además de los valores y modelos que se privilegian oficialmente- que no tienen nada que ver con la cooperación solidaria-, las reglas de juego concretas parecen indicar para las cooperativas un rincón inocuo dentro del sistema. Pero la realidad argentina esto ha sido señalado en varios de nuestros trabajos anteriores, en lo referente al campo cooperativo en general y muy especialmente en lo que toca a la banca solidaria. Hay señales claras de que las cooperativas no figuran entre las invitadas reales a participar en la vida nacional. ¿Se las condena entonces a elegir entre el retiro, la muerte lenta, la resistencia, la metamorfosis?

3.2. Un aire sospechoso

Las cooperativas no desafían el orden económico-social vigente. Tampoco constituyen focos revolucionarios. Están formadas por gente pacífica que se esfuerza por practicar la ayuda mutua, las relaciones igualitarias, el gobierno democrático. Sus prácticas se basan en valores que nadie osa contradecir en público. El manejo cooperativo coincide con el discurso oficial, lo que dicen los políticos, los gremialistas, los empresarios, los funcionarios, las iglesias, los libros escolares, ¡hasta los miembros de la fuerza armada! De tal manera que por ese lado no existe la posibilidad de que se susciten roces o conflictos entre las respectivas concepciones en cuanto a su expresión formal.

Las diferencias comienzan a aparecer cuando se observan las conductas de los protagonistas y las prácticas institucionales. En todo el mundo y también en la Argentina el ámbito cooperativo ha sido ejemplo de concordancia entre los principios y la acción. Sin necesidad de idealizar- y contabilizando las excepciones que confirman la regla-, las cooperativas han reiterado el modelo de los vínculos solidarios y de la participación y control democráticos. Lo que en otros niveles solamente se pregona, en las cooperativas por lo general se realiza. Debe reconocerse que eso las convierte en presencias raras y atípicas.

Las diferencias crecen cuando el punto de comparación se centra en los valores que ensalza la sociedad a través de sus grupos más influyentes. La competencia aparece en el centro como el verdadero motor de la actividad humana. El éxito es el objetivo más

procurado, siendo el beneficio económico y la consiguiente fortuna acumulada, los instrumentos más recomendados. Esto además del prestigio proporcionan el poder, que coloca a los agraciados por encima de los demás construyendo desigualdades socio-económicas “legítimas” por el sistema, el cual hace posible de este modo que los “mejores” decidan por todos, dominen a los débiles y los hagan trabajar en su provecho. Todo esto se sitúa en las antípodas de las ideas y prácticas cooperativas.

Si se llegan a considerar situaciones en que el juego “democrático” da lugar a grupos gobernantes que hacen de la corrupción su *modus operandi*, y aquellas otras en que los militares ocupan el aparato del Estado y suprimen todo control institucional de sus “políticas” (que hacen habitual la tortura y llegan hasta el genocidio), las diferencias con el cooperativismo son abismales. Aunque nadie toque el tema, queda claro que la burla o el exterminio de sectores de la sociedad son enemigos, beligerantes, del cooperativismo. La mera presencia de las cooperativas, su señalado papel de “testigos” o “islas” de paz y democracia, no puede ser sino irritar a los poderosos, que no desean que cunda el “mal ejemplo”. En otros trabajos hemos pormenorizado algunas “batallas” que ha debido librar el cooperativismo, en cuenta de amenazas pergeñadas por gobiernos elitistas o autoritarios.

Estos, por su extracción e intereses de clase, sospechan de las cooperativas. El carácter que éstas tienen de obra colectiva, solidaria, popular; su gestación histórica en grupos de trabajadores con ideas socialistas; su objetivo declarado de responder a necesidades insatisfechas de sectores débiles o postergados; su atención alternativa frente a la economía del lucro; todo eso da a las cooperativas un aire non sancto, aunque su apariencia resulte inofensiva. La idea cooperativa nació contestataria. Los cooperativistas son gente pacífica y de trabajo. Pero eso de que se tomen en serio la unión de los débiles y la participación democrática en las decisiones, no es muy tranquilizante para los poderosos.

3.3. *¿Modernizarse o amoldarse?*

Como toda empresa, la cooperativa debe funcionar de manera eficiente para no perder su “mercado” de asociados y clientes. Tiene que cuidar sus precios, la calidad de sus productos, la rapidez y variedad de sus servicios, la comodidad y la vista atractiva de sus locales. Dentro de esa necesidad de estar actualizada, la empresa cooperativa se ve constreñida a optimizar su organización y funcionamiento, a profesionalizar su gerencia y a cuidar la incorporación de nuevas tecnologías. Hasta allí podemos hablar de “modernización”, en tanto se trata de utilizar lo nuevo en equipamiento y gestión para no quedar en desventaja. De esto ya hemos hablado en otros trabajos. Al parecer, a pesar de sus riesgos, es una tarea que puede hacerse desde la cooperativa como tal: sin alterar su esencia ni su razón de ser, se cumplen adecuadamente que parecen razonables.

Otra cosa diferente puede ser la determinación de amoldarse a los “nuevos tiempos” en momentos en que la tendencia neo-conservadora, el neo-liberalismo, el mercado rabioso, el capitalismo salvaje parecen reinar a sus anchas y como ya expresamos – sin “enemigo” a la vista. Todo eso es la negación de la idea y de la práctica cooperativa, de manera que amoldarse a esa realidad equivale a cambiar de molde, dejar un modelo y adoptar otro. Planteando en los términos que los venimos haciendo en este trabajo, llegaría a formular la pregunta siguiente: ¿pueden las cooperativas –producto de la modernidad- convertirse en posmodernas?

Sin emplear ese término, la idea de “cooperativas posmodernas” ha venido abriéndose paso ya en la década del '80, justamente cuando se difundían en casi

todo el mundo las llamadas políticas de ajuste y de reforma estructurales. A favor del viento imperante se buscaba cumplir dos objetivos, dentro del propio campo cooperativo. Uno, justificar el mercado como el mejor sistema, asegurador de la tan preciada (y abstracta) libertad de los individuos. El otro, “estirar” el cuerpo doctrinario del cooperativismo como para que en forma “natural” aquél sirviera a la independencia empresaria y a la promoción de los asociados en el sentido de una mayor ganancia. (Mändle, 1992, p. 243).

Según esa postura supuestamente cooperativa, resulta que la alternativa cooperativa al afán de lucro no es tal, porque también la cooperativa funciona por el afán de lucro. Se sostiene que las cooperativas de productores procuran el lucro cuando, por ejemplo, logran reducir sus costos o mejorar sus ingresos y cuando las cooperativas de consumo utilizan sus ganancias para realizar inversiones o brindar mejores servicios, cosas que redundan en una mayor utilidad para los asociados, (Mändle, 1992, p. 242). La búsqueda del mayor beneficio económico reina según eso en forma indistinta tanto para cooperadores como para capitalistas, que pueden “abrazarse” competitivamente en las lides del mercado.

Según esta diestra manera de encarar las cosas, los continuadores actuales de Rochdale lejos de las privaciones decimonónicas que dieron lugar a los enclaves cooperativos- danzarían con los descendientes de los antiguos amos al son de los nuevos ritmos de un lucro universal, natural, incontenible. La perspectiva posmoderna banaliza todo lo que mira con su ojo alegre y superficial, desactivando otra presencia discordante: la de las cooperativas, que así se acompararían a la corriente y podrían asegurarse un lucrativo porvenir.

3.4. A no perder el tren

Pareciera que el tren de la historia se conduce solo y se mueve en una dirección que proviene de fuerzas astrales. Los individuos, los grupos, las clases, los emprendimientos, las ideas son simples pasajeros llevados hacia donde quieren “otros”, demiurgos misteriosos y evanescentes. Por rara coincidencia, para que el mundo sea “definitivamente” capitalista, neo- liberal, concentrado y excluyente, se necesita que “los que van a morir lo saluden”. Hace falta que cunda la sensación de que “es así y no hay nada que hacer”. Es preciso que muchas personas renuncien a protagonizar la historia y se limiten a vivirla. De nada vale intentar (¡ni siquiera imaginar!) otra cosa, puesto que todo ha fracasado.

Se dice que hay que asumir los cambios que la realidad está imponiendo, aunque sean injustos. (Notico, N° 4, 1992, p. 1). Los tiempos exigen adaptación y adecuación para sobrevivir. (Ibidem). Ese mensaje de integrantes de la cumbre dirigente cooperativa argentina es una invitación a sumarse al enemigo, considerando que el mismo es demasiado poderoso para enfrentarlo. Aunque también es posible que se entienda que no hay tal enemigo, que el cooperativismo no emplea términos bélicos porque se basa en la paz, en la persuasión y en el pluralismo. Ya vimos en el capítulo anterior que, según una cierta mirada “cooperativa”, las cooperativas ni siquiera están enfrentadas al lucro, sino que deben incorporarlo como una práctica sana, que proporciona beneficio económico a los asociados y ayuda a preservar la limpieza del mercado.

Ya no es solamente la eficiencia y la tecnificación de las cooperativas lo que viene quitando el sueño a la dirigencia desde hace dos décadas. Se estaría a un paso- ya que se lo propone implícitamente- de adoptar las prácticas y los valores que tienen más prestigio en esta avalancha neo- conservadora del presente. No se dice, pero quizá se piensa, que corresponde hacer cualquier cosa con tal de sobrevivir. Toda renuncia parece justi-

ficada por la magnitud de lo que se arriesga: nada menos que las importantes realizaciones de un siglo y medio de cooperativismo. Lástima que lo que se va a salvar no es eso sino otra cosa muy diferente.

Se daría el contrasentido de que para salvar algo, se lo convierte en un objeto distinto. Si el motivo del salvataje desaparece, ya no hay tal salvataje. La sobrevivencia sería una muerte, la desaparición de lo que se deseaba preservar y ahora tampoco existe, porque se lo ha reemplazado con otra realidad. Entonces no habría salvataje ni sobrevivencia, sino más bien renuncia y conversión. Cuando uno renuncia se aleja, abandona el lugar anterior. El converso es un ser diferente, que ocupa el sitio de otro que, como tal, ya no existe más.

De hecho, las cooperativas deben someterse al ordenamiento legal que les concierne, como cualquier otro agente de la sociedad. Esas normas regulan el funcionamiento de los diversos tipos de asociaciones que organizan ciudadanos y grupos sociales para fines específicos. Es ineludible aceptar tales reglas de juego para no caer en la ilegalidad. Todo eso es evidente y en el caso especial de la banca cooperativo argentina dio lugar a dramáticas transformaciones organizativas y funcionales que hemos analizado en otros estudios. Pero se tuvo especial cuidado de preservar los principios y rasgos definitorios del cooperativismo. Lo que ahora se propone, como homenaje a la ofensiva desreguladora del capitalismo salvaje, es algo así como una retractación pública (dejar de ser cooperativas) para que se les perdone la vida.

3.5. *¿Un hombre, un voto?*

Así como el iluminismo del siglo XVIII proponía alejar la oscuridad de la ignorancia con la razón, la libertad y la educación, ahora se propicia adecuar las prácticas sociales a la luz de la denominada tercera revolución industrial. Y esto se hace en el corazón del propio movimiento cooperativo. (Notico, N° 3, 1992. p. 4). Herederos de un movimiento que rindió culto a la autonomía y discernimiento de los seres humanos para decidir sobre la índole de su existencia, suscriben enfoques negadores de aquello. Al concebir una “tercera revolución industrial” parece reducirse a las personas a meros espectadores de un proceso que una vez se puso en marcha y ahora se vuelve ingobernable. La tecnología reina allí como una magia que se orienta y regula por sí misma, originando un anonadamiento y una entrega a ella por parte del hombre común. El brillo de tal encantamiento no deja ver a sus operadores, que la utilizan, manejan y sacan provecho y poder inconmensurable. De concebir el proceso como dirigido por sí mismo, se pasa a consideración bueno, de facto, y en consecuencia sólo cabe sumarse a él.

Esta especie de “escalada posmodernizante” y adaptativa del cooperativismo a las tendencias económicas y vigentes en el momento actual parece progresar hacia la revisión de los principios básicos, sin los cuales el cooperativismo deja de existir. Adoptando el punto de vista de los poderosos, resulta claro que los que fueron instrumentos básicos de la cooperación pasan a ser percibidos como obstáculos. Por ejemplo, se llega a asumir como inadecuado el voto nominal, la máxima cooperativa de siempre: “un asociado, un voto” (Noticio, N° 5, 1993, p.3) Si molesta la consulta, que es la base de la participación democrática en las decisiones, es evidente que se habla de “cooperativa” pero se piensa en otra cosa. Es una manera llamativa de intentar la salvación a través de la mutación, que puede entenderse como “suicidio”.

Con esto se están poniendo en juego aspectos fundamentales de la percepción y comprensión de la realidad circundante. Parece olvidarse que las formas de organizar la

producción y la convivencia son otra humana. Entonces, como toda obra humana, aquellas pueden ser modificadas por los seres humanos. Reducirse a los meros hechos es acuñar un curioso criterio de verdad. Adoptando el “si está, vale”, los alemanes podrían seguir con los hornos de gas y los represores argentinos con las desapariciones cotidianas. Aceptar lo dado como definitivo es atar la condición humana a cualquier política triunfante, por anti- humana que sea.

Parece prematuro dejarse convencer tan rápidamente de que “todo terminó”, de que esto es lo definitivo, lo mejor y lo que hay que aceptar. ¿Tan fácilmente se admite que vivir en sociedad signifique mucho para pocos y muy poco para muchos? ¿Quién resuelve que se congele la historia en este momento de retrocesos populares y de avances de un poder y una riqueza concentrados como nunca? El ser humano no es solidario ni egoísta por naturaleza: son las circunstancias las que estimulan unos componentes y otros. Si los cooperativistas- impresionados por la difusión del neoliberalismo – renuncian a su tarea histórica de influir sobre las circunstancias en la dirección de sus principios, estarán influyendo de todos modos en el marco de la existencia humana, pero lo harán en el sentido contrario al que lo hicieron siempre. Aquí también, transigir es tomar partido.

4. Las cooperativas de la miseria

4.1. La otra de la posmodernidad

El mercado libre, la igualdad de oportunidades, tienen un mentís rotundo en la realidad que se ven obligados a contemplar a diario los rosarinos. Aunque se resbale sobre ese paisaje, aunque se pretenda no verlo, está ahí con una contundencia inocultable. La supuesta libertad es una mueca, una abstracción suprema, porque en verdad resulta para muchos libertad para morirse de hambre. La pobreza golpea con fuerza mostrando que no es un accidente, no es una equivocación reparable. No se trata de algo que “le pasó” al sistema por excesivo optimismo y que le propio sistema está en trance de solucionar. Muy lejos de eso, la pobreza está instalada en el sistema porque le hace falta: la pobreza es un requisito para que pueda haber riqueza cuantiosa y acumulada. Eso significa que estamos hablando de pobreza estructural. No es un accidente, sino un ingrediente.

Hay una lógica que a pesar de ser tan simple y clara, resulta incomprensible para mucho. ¿Qué significa que en el momento de mayores posibilidades de “felicidad” humana, se den las mayores carencias? Hoy son realidad cosas inimaginables hace poco tiempo (por ejemplo, la electrónica nos sorprende con nuevas maravillas cada día). A la vez son también realidad antiguos fantasmas que vuelven a emerger remozados y mortales (hambre, enfermedad y muerte para mucha gente). Si cuanto más se puede menos se hace, no son los instrumentos los que fallan. Es la voluntad (de los que pueden y conducen) la que se equivoca. En verdad, no se equivoca: se aplica a reforzar a los fuertes. Y los instrumentos (manejados por los fuertes) no fallan, sino que aciertan: multiplican el poder y la riqueza de los ricos y poderosos, a costa de la miseria permanente.

En un mundo que se pretende de la abundancia y del consumo sin límite, la miseria crece. La pobreza y los pobres aumentan, para escándalo de las posibilidades reales de que una abundancia mejor repartida alcance para todos. Ya nadie puede sostener seriamente que la responsabilidad sea de los que sufren la pobreza. Ellos quieren trabajar, pero el trabajo escasea. Igualmente trabajan, se inventan tareas y tratan de obtener el sustento de lo que sea y como puedan. El extremo paradigmático lo da aquel sector de

pobres que viven de lo que tiran los que tienen más. Viven de la basura de los “ricos”. Se reconocen con el nombre de cirujas y son cada vez más visibles en Rosario.

4.2. *Los eternos perdedores*

El que alguna vez sufrió el desprecio de los demás sabe lo que eso significa como disminución instalada dentro de sí mismo. Si ésta es una presencia continua que le repite a esa persona la propia condición a través del modo como la ve el otro, resulta difícil que se sobreponga a tal ablandamiento y degradación de la estima que ella se tiene. El que es permanentemente depreciado termina sintiéndose, convirtiéndose en despreciable. Sufre un proceso de invisibilización social: los otros le pasan al lado sin verlo, sin percibir las carencias y los sufrimientos que experimenta. ¿Cómo no sentirse una basura, si todos le pasan por encima como si no existiera? Como con la basura, se repara en los más pobres para barrerlos, para que no arruinen la vista con su presencia desagradable.

Además, si prácticamente nadie se hace cargo ni reacciona (de modo conducente, se entiende) ante esa situación, no queda otro camino que el que sufre la miseria se sienta culpable de lo que le pasa. Le dicen que es una cuestión de voluntad, que el que quiere puede salir de eso. Le enseñan hábitos de higiene y de orden. Si él no los adopta, eso significa que es él mismo y por sí mismo el que se pierde. Encima de que sufre, buena parte de la sociedad coloca la responsabilidad en el sufriente. Es un doble castigo: cargar con la miseria y además con la culpa de ser miserable. El común de la gente ve así el problema porque le han enseñado que es pobre el que no sabe- por falta de constancia- llegar a rico. Pocos pueden percibir que la pobreza es un requisito necesario para que haya riqueza en nuestras sociedades de la desigualdad “legalizada”.

La gente común se extraña de que los más pobres no reaccionen, no se esfuercen por salir de la miseria. No percibe que además de que los pobres cargan con todas las desventajas- físicas, psíquicas, morales-, su existencia revela un esfuerzo patético por sobrevivir y librarse del hambre y de la muerte. El miserable no tiene descanso, porque cuando no está procurándose algo- siempre con esfuerzo-, está mortificándose por tener que vivir como lo hace. Y no solamente en primera generación, porque si bien hay pobreza reciente (la de los desocupados que produce la recesión, por ejemplo), existe otra pobreza anterior y otra que es todavía previa. Muchos pobres en nuestra sociedad son hijos y nietos de pobres, por si hubiera alguna duda de que se trata de una pobreza consolidada, con efectos de largo alcance sobre los seres que la sufren.

No es el caso de dramatizar. El drama lo pone la realidad: los que piden limosnas, los que duermen a la intemperie, los que intentan vender cosas que nadie compra, los que recogen basura. Para saberlo no hacen falta las estadísticas, pero las estadísticas confirman lo que se ve todos los días. Y esto, aún teniendo conciencia de que estas muestras de pobreza que aparecen en el centro de una ciudad como Rosario son nada más que la punta de un témpano enorme, que permanece oculto por la distancia y por las cortinas de humo que renuevan sin descanso gobernantes y poderosos.

Según un informe oficial para la provincia de Santa Fe,¹ de 10 niveles de ingresos considerados, de 1988 a 1989, los 8 inferiores bajaron sus ingresos y los 2 superiores los incrementaron. De 1980 a 1992 el desempleo creció del 2,4% al 10%; el subempleo del 6,8% al 8,1%; y la tasa de cesantía de 1,6% a 6,7%. En la ciudad de Rosario, de 1980 a 1992, las viviendas bajo tenencia irregular aumentaron 37% y el hacinamiento 30%; los hogares con piso de tierra pasaron del 2,1% al 3,1%; los carentes de agua del 0,0% al 5,9% y los sin cocina del 12,5% al 14,3%.

(1) *“Situación y evolución de la Provincia de Santa Fe”, Santa Fe, INDEC y Secr. De Planificación Prov. Santa Fe, 1992. En Rosario 12, 13- 12- 92. p. 6.*

En la ciudad de Rosario se contabilizan 105 villas de emergencia, donde se calcula que viven unas 250.000 personas (hace poco más de un año se calculaban 190.000). Según datos oficiales, 1.000 personas se incorporan a las villas cada mes (de 8 a 10 familias chaqueñas por día) ². Existe un Movimiento Villero que ayuda a los recién llegados con chapas y maderas para que improvisen sus viviendas. Vienen de tal situación de privación, que se sienten felices de estar en Rosario, ya que “salen a cirujear y así comen algo” ³. También engrosan las villas habitantes locales que ya no pueden pagar pensiones, alquileres, servicios o impuestos. Con estadísticas y sin ellas, asistimos a diario a estas muestras de las bondades del neo- liberalismo triunfante.

4.3. *Un lugar en el mundo*

Para el ciudadano común (clase media- media, media- baja, empleados, obreros), la basura se asocia con mugre, enfermedad, miseria. Barrer las calles y trabajar en la recolección de residuos es algo que no harían nunca, salvo por necesidad. A pesar de que se trata de un trabajo formal, autorizado, con salario, uniforme y a veces guantes. Tanto menos hurgar desperdicios domiciliarios, casi clandestinamente, exponiéndose a la confiscación de los precarios vehículos y a la expulsión de las áreas urbanas centrales. Lo dicho no está comprobado con ninguna investigación, pero se trata de algo que los datos de la realidad seguramente confirmarían.

Pero parece que una cosa es mirar la miseria desde afuera y otra cosa es vivirla. El que llega del Chaco a Rosario, aunque tenga que cobijarse bajo un nylon, está contento con la perspectiva de salir a cirujear y con eso poder comer algo. Esto lo afirma Mario Fernández, presidente del Movimiento Villero de Rosario ⁴. Estar en el escalón más bajo de la pirámide social convierte en deseable lo que los otros desprecian y nunca harían. Para aquellos, eso es un trabajo y les permite vivir. Las privaciones han ido reduciendo tanto sus expectativas, que muchos ya no piden que hay un trabajo más digno que el cirujeo, sino que se los reconozca como cirujas y se los deje trabajar tranquilos.

Eso de que se los deje trabajar, es una reivindicación importante para estos recolectores informales de desperdicios domiciliarios. ¿Por qué habría de molestárselos? La razón es muy simple: no es un trabajo legal. No tiene un lugar en el marco normativo porque tampoco es socialmente reconocido. La sociedad- por la vía de los sectores que más pesan en los valores, modos de ver y decisiones del conjunto- no quiere aceptar oficialmente lo que sí sabe de modo oficioso, porque lo ve todas las noches. Eso responde a la creencia de que lo que no se nombra no existe, prestidigitación cognoscitiva que declara la inexistencia de la miseria con el recurso de mirar para otro lado.

Es un recurso comparable al de considerar la inocultable y creciente pobreza como un accidente del capitalismo y no como un ingrediente necesario que permite acumular la riqueza (lucro, beneficio) en pocas manos privilegiadas. Ejercita la violencia simbólica de tapar una parte de la realidad (barrer debajo de la alfombra para que las visitas no se enteren). Violencia que se da en un grado un poco mayor cuando se construye un largo muro que no deja ver las villas miseria, y que llega al extremo cuando las topadoras las arrasan y los camiones militares llevan la gente y sus pocas pertenencias a otra parte (caso del In-

(2) *Página / 12, 18-2-93, p. 12,*

(3) *Ibidem*

(4) *Página/ 12, 18-2-93, p. 12.*

tendente Cacciatore en Buenos Aires durante la dictadura militar de 1976- 1983). De la “vista gorda” al “chupadero de la miseria” solamente varía la cuota de autoritarismo.

“Solamente queremos trabajar. Pedimos que se nos respete. Que no nos quiten los carritos”. Ese es el tenor de las reivindicaciones de los cirujas de Rosario. En la patética alquimia de la miseria, las cosas dejan de ser lo que son. Las privaciones- de varias generaciones o de siempre- han ido limando el entendimiento y las expectativas de muchos pobres. Desde el Chaco habrá mirado (y miran) a Rosario como una especie de tierra prometida de succulentas bolsas de residuos. Así como otras personas sueñan con el auto, la computadora o el viaje al Caribe, ellos se despertarán imaginando el carrito salvador.

4.4. Rochdale- Rosario: ¿Ciudades gemelas?

Una parte importante de los villeros de Rosario vive de changas (trabajos ocasionales): no tiene ocupación estable. Si alguna vez la tuvieran, ahora está desocupados o subocupados. Sería riesgoso hacer comparaciones con Rochdale: la ciudad inglesa donde se experimentó por primera vez en 1844 una asociación cooperativa de trabajadores. Era una cooperativa de consumo, para proveerse de artículos más baratos, evitando los precios prohibitivos de los comercios del ramo. Estas a las que queremos referirnos son cooperativas de trabajo. Entre los villeros que se dedican a la recolección (no oficial, alternativa) de desperdicios, se empezó a hablar entre 1989 y 1990 de reunirse en cooperativa para bregar por un reconocimiento público, y para no seguir a merced de los precios y condiciones que les fijaba el “compra- venta” o acopiador mayorista de basura domiciliaria.

Ellos mismos recuerdan la “pueblada” que hicieron en 1989, concentrándose frente al Consejo Deliberante con sus carritos, sus mujeres y sus criaturas, para pedir que no los persiguieran. Obtuvieron una autorización- que ya caducó – para recoger residuos dentro del perímetro urbano y en especial de la zona céntrica, que es la más preciada por la cantidad y calidad de sus desperdicios. Según se relata en uno de los testimonios recogidos ⁵, en esa época se relacionaron con el concejal Héctor Caballero. Como éste se mostró sensible a sus reclamos, muchos cirujas los votaron para Intendente de Rosario. Ganada la elección, su administración ha dado una serie de facilidades a los cirujas para que empezar a funcionar su trabajo en forma cooperativa.

Las dos presencias mencionadas, un organizador fuerte que se asume como líder de los cirujas de Rosario, y la institución municipal asesorando y allanando el camino, parece dar pie para caracterizar esta cooperativa como “sugerida” y al mismo tiempo manejada con un estilo personalista. Eso tiene relación con la coyuntura histórica en la que surgió y con el inspirador que desempeñó en todo momento un papel protagónico. Tales aspectos destacan un matiz en cierto modo esperable, considerando que la vinculación del proyecto de la cooperativa con un calendario electoral podía determinar urgencias que chocan con procesos de toma de conciencia y de aprendizaje que suelen ser normalmente lentos y trabajosos.

El otro caso que consideramos en este estudio presenta parecidos y singularidades respecto del anterior. Se trata de la Cooperativa San José Obrero, que es el nombre del barrio de la ciudad de Rosario donde surgió. También aquí actuaron como estímulo la persecución a los cirujas y las movilizaciones que éstos realizaron a fines de 1989 y co-

(5) *Don Roque Piziruzzo, Presidente de la Cooperativa General San Martín.*

mienzos de 1990. Casi contemporáneamente empezó a funcionar en la idea de formar una cooperativa. Las primeras reuniones fueron grandes, de 50 a 80 personas, con delegados de numerosas villas vecinas. Después de esa euforia y de conseguir la autorización para entrar al centro de la ciudad, la concurrencia decayó, quedando un grupo de 8 ó 9 personas que continuaron con la tarea. En esta cooperativa se ha preferido avanzar poco a poco, cimentando la concientización, la participación y la responsabilidad.

4.5. *¿ La historia terminó?*

Estas evidencias que estamos constatando parecen desmentir la visión del posmodernismo de que la historia terminó. Más bien aquella parece recomenzar cada día, con recorridos que no repiten de modo exacto los anteriores, sino que los recrean en vista de circunstancias que son diferentes. Cuando el gran cooperativismo se debate entre desaparecer o convertirse al posmodernismo, una suerte de pequeño cooperativismo intenta florecer de modo casi espontáneo y al calor de necesidades muy elementales de sus protagonistas.

Por razones variadas y complejas las cooperativas, que fueron en un principio experiencias de trabajadores, se fueron difundiendo en los sectores medios de la sociedad (artesanos, empleados, obreros calificados, profesionales), los cuales llegaron a ser un componente sustantivo de la masa de cooperadores en todo el mundo. Durante todo ese lapso (un siglo y medio en el mundo, un siglo en la Argentina), pero muy especialmente en las últimas décadas en nuestro país, creció el grupo de los desposeídos, marginados del sistema productivo, que sobreviven con grandes carencias (de trabajo, de vivienda, de servicios). Este sector que no tiene capacidad de ahorro porque carece de ingresos regulares, quedó por ese motivo fuera de horizonte de preocupaciones del cooperativismo institucional. Este prosperó casi como un fenómeno de clase media- media, y media- baja.

Por su propia iniciativa, los marginados que se dedican al cirujeo procuran cooperativizarse y así ganarse un lugar en el mundo. Estas parecen frases efectistas, de falso melodramatismo, pues aluden a los pobres que viven de las sobras del festín de los “ricos”. Aclarando que para el caso, “rico” puede ser un asalariado que vive al día, tiene su vivienda y paga sus impuestos (agregando toda la amplia gama de la clase media); lo que importa es que tire trapos, cartones, botellas y restos de alimentos, que son el insumo de los recolectores informales o cirujas. ¿Por qué “cirujas?” Lo dicen los testimonios: “un hombre que trabajó 30 años en una fábrica. No lo necesitan más, lo despiden. No me dan trabajo en ningún lado. ¿Qué voy a hacer? Compra un carrito”⁶. Lo expresa referido a él mismo: “Me dejaron en el Puerto: soy un ciruja”. Lo aplica a otras personas, ahora que él es presidente de la Cooperativa: “me siento más satisfacción de dale a una persona un montículo de basura...”.

¿Cómo cirujas? Es más sencillo cirujear, está más al alcance de la mano, no requiere casi adiestramiento, ni infraestructura o inversiones. Eso sí, hace falta el carrito. Los que no son muy hábiles lo compran. Otros lo construyen. Son vehículos de dos ruedas, tirados o empujados por uno o dos conductores. Son híbridos que reúnen chapas de cocinas, heladeras o lavarropas para la caja, y ruedas de bicicleta u otro vehículo. Hay cirujas con bicicleta, solitarios y selectivos, con “porta- equipajes”- delanteros y traseros. Algunos agregan un trailer a dicho vehículo. Los que no tienen carro estén en desventaja:

(6) Piziruzzo, 1992, p. 4

entonces “la Cooperativa, todos juntos, le consiguió a uno una rueda, a otra rueda, a otro el carrito (caja). En San José Obrero son todos de carro a mano. Van caminando 60 cuadras y vuelven caminando 60 cuadras. Los que tienen carro a caballo son chancheros”⁷. Perder el carrito equivale a malograr todo su capital. Por eso los cirujas son tan sensibles a las “confiscaciones” de su herramienta de trabajo.

¿Qué recogen? Principalmente cartones, trapos, botellas. Eso lo venden. También aprovechan cierta comida: “sacan un pedacito de pan envuelto en nylon, le dan su “producción”; sacan una papita, una cebolla, otra cosa, todo eso que sirva, se lo lleva pa’ los hijos todos los días”.⁸ El cartón es muy buscado en la actualidad. En la Cooperativa San José Obrero se realizó una Campaña del Cartón, porque por inexperiencia había repartido las ganancias y se quedaron sin fondos. Anunciaron la búsqueda por todos los medios y recibieron muchas llamadas ofreciendo cartón: eso entraba como donación de los cirujas y se pagaba bien. Por ese medio, la cooperativa volvió a capitalizarse. En la actualidad se mantiene esa clientela, ya que el beneficio es recíproco a causa de que muchos comerciantes se desprenden de ese desperdicio pidiendo que lo retiren y eso favorece a la Cooperativa.

En las capas más bajas de la sociedad parece renacer la idea y la práctica cooperativa. Mientras en el cooperativismo veterano y organizado se piensa en el modo de cambiar las organizaciones (y los principios orientadores) para acompañarlos con el neoconservadurismo en boga, entre los que están al borde de la supervivencia se comienza tímidamente a pensar en la solución cooperativa, y a experimentar su utilidad como instrumento de trabajo y sustento.

4.6. Ser ciruja, ser cooperativista

“Nosotros somos horugadores”, definió Piziruzzo en otro testimonio de fines de 1989, queriendo decir hurgadores o gente que escarba ente los desperdicios. El ciruja se ve con sus propios ojos como un trabajador que se gana la vida como puede. Unos (¿más realista, quizás?) asumen su condición de cirujas como algo “permanente”. Pueden llegar a decir “Soy ciruja y quiero ser ciruja”, porque lo consideran un trabajo sin honorario, libre, sin patrón. Otros no quisieran ser cirujas para siempre, entienden que se trata de un momento de sus vidas que desearían superar, que han caído contra su voluntad en algo de lo que querrían salir.

Pero en definitiva podría afirmarse como hipótesis plausible que todos se ven como trabajadores, que cuando cirujean están trabajando. Sin embargo sabemos que una parte de la propia imagen deriva del modo como los ven los demás y ellos no ignoran eso, que involucra una comparación. “(el nuestro) es un trabajo. Hay trabajos más asquerosos que esto y no se dan a publicidad”⁹. Tiene conciencia del desprecio de algunos ciudadanos. “¡Ay, ciruja!, dicen. ¡Ay, cuidado con el ciruja, que son rateros!”. Según otro testimonio, “está el tipo que se queja si lo ve y le dice de todo: que está rompiendo (las bolas de residuos), y lo agradece en la calle”.¹⁰

Pero existen también las personas que “ven al ciruja que pasa, y que charlan y que le guardan cartones”. “Muchos lo ven como que está trabajando y lo apoyan”. La basura se

(7) Testimonio sobre la Cooperativa San José Obrero.

(8) Piziruzo, 1992, p. 3.

(9) Piziruzo, 1992, p. 6

(10) *Testimonio sobre San José Obrero*, p. 6.

asimila con la suciedad y con la pestilencia: es difícil que eso no contamine a los que manipulan los desperdicios. A ellos se agrega que existe un cirujeo primitivo y depredador, que para buscar rompe bolsas y desparrama restos en las veredas. El cirujero que procura institucionalizarse (especialmente el de las cooperativas y del Movimiento Villero) es cuidadoso de esos rasgos negativos. Querría que se les exija pero que también se los respete: que les demanden luces en los vehículos, que no destrocen las bolas, que tengan una palita para recoger si se les desparrama algo; al mismo tiempo que se los deje entrar al centro, que no los persigan ni les quiten los carritos (su único capital). Al fin y al cabo- sostienen – ellos están brindando un servicio y evitando la contaminación.

En esa compleja imagen del ciruja, además del modo de verlos está el accionar de los demás hacia ellos. El supuesto desprecio se reforzaría con conductas agresivas hacia sus personas y sus bienes, con motivos de su trabajo. La queja y la protesta se reitera en los testimonios referidos a las dos cooperativas estudiadas. “Nos pegaron, nos sacaron los carros, nos quitaron los caballos”, se lamentan. “Queremos nada más trabajar honradamente. No queremos Caja Pan¹¹, no queremos esto, no queremos aquello. Trabajar honradamente, que no lo peguen, nos den los carros, los caballos, que nos están pegando”. Se defienden: “No titular al ciruja como un vago, un maleante, un criminal o un ratero”.

En esas condiciones de verdadera “sumersión económico- social” es fácil imaginar que las dificultades para organizarse son muy grandes. Por empezar, el cirujeo es tarea que cada uno hace individualmente. Lo expresa un testimonio: “El ciruja siempre trabajó solo, que es un factor bastante determinante. Y el trabajar juntos es algo totalmente nuevo”. Recordemos que se trata de la gente más pobre y más desposeída en todos los sentidos, a veces con varias generaciones viviendo en la miseria, en el límite de la existencia. “La precaria más grande del país” según su defectuosa expresión. Un testimonio hace mención de una persona que era del Norte (de Chaco, quizás) y decía que “en el Norte no hay cirujeo”, quizá por tratarse del campo y éste es un fenómeno urbano. “El se mataba de risa: ¡Estos tipos con carrito! Le causaba mucha gracia y no entendía qué hacían”. Eso revelaría el grado de desconocimiento y de falta de recursos de todo tipo para imaginar una tarea organizativa.

Y sin embargo lo están haciendo. En el caso de la Cooperativa Gral. San Martín, después de los primeros pasos muy elementales y con apoyo de la Municipalidad que les facilitó el llamado Playón de descarga y clasificación de residuos, existen planes de crecimiento futuro. “Esto pasa a industrial. A fin de año (1993) tenemos la Playa Modelo. No acá. Se va a Godoy al fondo, donde estaban haciendo relleno sanitario, atrás del Canal 3. Ahí directamente va la planta, por la cooperativa. ¡Ya es cooperativa!. Es ésta misma que se traslada allá, pero con bienes propios. Instalaciones, créditos de maquinarias, para entrar en la industria. Ya está encaminada. Ya está el proyecto hecho”¹²

Nuestro informante se entusiasma y amplía: “Pa’que esta gente tenga: su mutual, su aporte jubilatorio, y tenga su cumplimiento del honorario, con tarjetero. Porque ellos van a ser dueños de la cooperativa, accionistas cooperativos, dueños, y van a ser tante-ros. Ellos mismos, con la producción que tengan cada semestre se les va a pagar más o menos un sueldo- que hay cuadrillas que lo sacan y hay cuadrillas que no-. Pero el “rén-

(11) *Sistema de ayuda en especie, bajo el gobierno de Alfonsín.*

(12) *Piziruzzo, 1993, p. 1*

dimo” va a ser todos iguales. ¿no es cierto? Como rinde el mejor va a rendir el peor, porque van a ser rotativos”¹³.

Evalúa positivamente el camino recorrido desde hace casi tres años, cuando le registramos otro testimonio.”...¡porque de un principio era dura la mano! Ahora sí. Ahora sí. Ahora yo le digo francamente que ahora sí. Ahora es la industria (...) Cuando usted me hizo la entrevista anterior, esto no había nada. Usted ve lo que es ahora. Son 200 personas(...) Acá la cooperativa está en marcha. La gente está conforme (...) En esta cooperativa son todos patrones”¹⁴.

El relato correspondiente a la Cooperativa San José Obrero tiene similitudes con el anterior, aunque también particularidades. Comienzos modestos, pero de amplia movilización. Luego dispersión, quedando “un pequeño grupito de 8 ó 9 socios”. En esta experiencia aparece la mujer: hubo una muy joven (18 años, 3 hijos), activa, que llevaba la contabilidad. Tuvo que irse a Entre Ríos. “Hay muchas que quiere ir (a la Cooperativa) pero el marido no quiere. Cuesta bastante. Porque la idea es que la Cooperativa sea realmente del grupo familiar”¹⁵.

Aquí también hay apoyo externo de un Centro Comunitario que funciona en el barrio más o menos desde 1980. Con el subsidio, “que si no me equivoco era por la Iglesia, por la Orden Franciscana”, alcanzó para comprar un terreno, en diciembre de 1990, donde se construyó un galpón para acopiar todo el material. El testimonio hace hincapié en la participación de la gente. Y en el hecho de no hacer una conscripción masiva de personas poco convencidas, sino de ir ampliando paulatinamente el grupito inicial, a partir de una tarea lenta de información y convicción de otras personas. Se pensaba que había que hacer algo, para mostrar realizaciones y así se abrió la Cooperativa en marzo de 1991.

Se hizo un reglamento interno. Se responsabilizó rotativamente a la gente para las tareas de administración y contabilidad, con reuniones semanales de contralor, reflexión y planificación de la tarea. Aquí no existen liderazgos notorios, sino más bien un espíritu de grupo. Al parecer nadie les ha enseñado y aprenden sobre sus propios errores, en cosas que ellos resuelven y luego evalúan y corrigen. Por ejemplo, tuvieron un asociado que hizo un mal manejo contable y entre todos consiguieron que se alejara voluntariamente. Antes hablamos de un reparto de beneficios que los descapitalizó y fue contraproducente.

Sus planes son organizativos. Por ejemplo, conseguir la personería jurídica de la Cooperativa, que ahora están tramitando. Comprar un terreno colindante y agrandar el galpón. La Cooperativa no termina en sí misma sino que se incluye en un proyecto integral para el barrio, apoyando en tres bases; el Centro de Salud, el Centro Comunitario y la Cooperativa. El trabajo, la salud y el interés de todos se engloban en ideas y práctica que parten de la gente: su situación, la conciencia de la misma, la participación y la unión solidaria.

5. Conclusiones

5.1. La historia comienza

A pesar de las percepciones del posmodernismo, pareciera que la historia siempre comienza o, quizá mejor expresado, que está en marcha. Resulta muy difícil sostener que

(13) *Ibidem.*

(14) *Idem.*, pp. 1 y 2.

(15) *Testimonio de San José Obrero, 1992, p. 1.*

la humanidad “ha llegado”. Y más todavía, que lo que se nos muestra sea la meta, o el modelo de meta. Más bien pareciera imponerse una imagen contraria. Son tantas las cosas que están en ebullición, tan impactantes los extremos, tan abultadas las contradicciones, que se estructura con vigor la perspectiva de que “la fuerza de las cosas” prepara transformaciones y corrientes que pueden cambiar la “llegada transformaciones y corrimiento que pueden cambiar la “llegada” en “partida”.

Por ejemplo. ¿basta con corromper el sistema judicial para que la corrupción- que siempre existió- llegue a instalarse como un mecanismo “legítimo” (blanqueado) de la vida institucional? ¿Puede la impunidad erigirse como sistema, convirtiéndose en el resultado “natural” de los procedimientos judiciales? ¿Están dadas las condiciones para volver al derecho de pernada, a la hoguera, al tributo arbitrario y forzoso? ¿Es posible estatuir una “disuasión terrorífica” (tipo blitzkrieg nazi o guerra electrónica como la del Golfo)? ¿Puede asistirse impasible a una concentración de la riqueza y del poder que da motivo a proyecciones de resultados por demás dramáticos?

No es el augurio la función de las ciencias sociales, pero parece haber abundantes indicios de que existen demasiados resortes en tensión, demasiadas “deudas” (con los hambrientos, los apestados, los manipulados, los apaleados, con el aire, la justicia, con las víctimas de la guerra, con la impunidad y la corrupción, y mil cosas más), como para que el género humano se detenga, satisfecho de su obra, a usufructuar el resultado de la utopía burguesa formulada hace dos siglos y medio. Apoltronarse en un bienestar deslumbrante y engañoso, a contemplar a través de pantallas el jubileo universal, puede tener a la vez algo de demoníaco y demencial. ¿Será el propio límite puesto por una realidad estrujada lo que diga, “¡basta!” e imponga un cambio de rumbo?

5.2. Muerte y resurrección

El mundo cooperativo actual presenta una imagen dual. Por un lado, cooperativas prósperas, poderosas, integradas mundialmente. Capitales y bienes cuantiosos, establecimientos y equipamientos, modernos ejércitos de empleados y técnicos, clientelas masivas. Por el otro, la lucha difícil en un mercado cada vez más duro, las reglas de juego que crean desventajas, la brega desgastante por conseguir normas legales de excepción, el trato con gobiernos que les cantan loas pero les retacean facilidades. La crisis mundial, las políticas neo- liberales, el capitalismo cada vez más concentrado y depredador, colocan a las cooperativas frente a situaciones “de vida o muerte”. Por ejemplo, decidirse entre desaparecer o cambiar (en este caso, convertirse en otra cosa solo para seguir funcionando).

Las cooperativas siempre fueron una planta exótica en las sociedades capitalistas por reunir a los débiles, por practicar la solidaridad y por apartarse del interés del lucro, reemplazándolo por el bien común. Todos éstos son valores y prácticas disidentes, en un mundo donde la “libre” competencia solamente sirve de cobertura para el triunfo del más fuerte. Sin embargo esa planta floreció, mostrando que se puede trabajar y vivir de otra manera, más cercana a la idea de una convivencia sin discriminaciones.

Ahora los tiempos se han puesto muy severos para los intereses y emprendimientos populares. La preocupación predominante es acumular riquezas y poder, y todo lo que

se relaciones con la satisfacción de necesidades colectivas básicas tiene muy poco predicamento. La lucha por la existencia se vuelve cada vez más desigual para los emprendimientos medianos y pequeños, muchos de los cuales van quedando en el camino. Las cooperativas han acusado el impacto y sufren de manera creciente el efecto de estas tendencias que se han generalizado en las dos últimas décadas.

Mientras los cooperadores debaten ya abiertamente cuánto del cooperativismo tendrían que sacrificar sus organizaciones para superar el boom neo-conservador (¿o para incorporarse al mismo?), desde muy abajo, al impulso de necesidades elementales, grupos sociales en los que el cooperativismo no suele reparar, se acercan a la práctica y a la idea solidaria. Tal hecho enmienda dos aspectos de una misma percepción. Uno, que los que no poseen ninguna capacidad de ahorro carecen del requisito básico para integrar una cooperativa. El otro, que su extrema orfandad de recursos los convierte en algo así como desahuciados sociales que deben abandonar toda esperanza de salvación.

Justamente allí, en el páramo donde se muere más que se vive, se dan estas presencias inesperadas de los “condenados” que se aferran con algún éxito a las mismas ideas que ciertas dirigencias cooperativas están considerando abandonar como si se tratara de un incómodo lastre. No sabemos cuán perdurables serán estas realizaciones. De cualquier manera, revisten un interés especial a la luz de este planteo que analiza los modos en que la visión posmoderna da vueltas la página de una modernidad originariamente.

5.3. La miseria de siempre: ¿para siempre?

Puede aceptarse que la existencia de pobres es casi permanente y muy generalizada en la sociedad humana. En Argentina, las privaciones de los sectores más carentes pueden haber mermado un poco en períodos de expansión económica y de gran demanda de trabajo, pero los pobres siempre han estado allí. Representan la cara “oculta” del país, esa que muchos dicen no ver y tratan de disimular con instrumentos variados: desde tapadoras hasta muros, pasando por los artilugios estadísticos y los discursos mentirosos (Minujin, 1992, p. 16)

Podría decirse que se tratar de un resultado no deseado, a causa de que afea y desprestigia el sistema que la produce. Tampoco serían un efecto buscado, en tanto no se lo procura como tal. Lo que sí puede sostenerse con fundamento es que la pobreza constituye una consecuencia esperable del sistema. Esquemáticamente puede plantearse que para que exista una riqueza creciente y concentrada (que beneficia a pocos), debe hacer gran dispersión de una pobreza en aumento (que afecta a muchos). Ya dijimos en otra parte de este trabajo que la pobreza no es un accidente sino un requisito del sistema capitalista. Ella se encuentra instalada en dicho sistema y en la sociedad real y por tanto corresponde que se la califique de pobreza estructural.

Hay coincidencia en considerar que desde mediados de los '70 se produce una crisis de la que ningún país escapa. Las naciones poderosas (o los grupos transnacionales más poderosos aún) se han ingeniado para perfeccionar los mecanismos de transferencia de riqueza, para evitar- o postergar- las consecuencias negativas en sus propias sociedades. Así, al tradicional manejo de los términos del intercambio a su favor (“lo que yo produzco es caro; lo que ustedes producen es barato”), se ha sumado, por ejemplo, el perspicaz instrumento de la deuda externa. Como en los tiempos de los vales para comprar

en la proveeduría del patrón, buena parte de los habitantes del Tercer Mundo trabajan para los “patrones mundiales”, y sin embargo les deben cada vez más.

A ese entrapamiento, realizado con la complicidad de gestores locales que medran con la tarea, se suman en la última década la inflación, los programas de ajuste, la reconversión, las privatizaciones. La recesión resultante, con su secuela de despidos, pone su cuota a la sumersión popular, incentivada por los salarios deprimidos y el remate de las empresas públicas. La miseria crece ante nuestros ojos, alimentada por los nuevos pobres que van apareciendo como resultado obligado (Minujin, 1992, p.9).

Los militares de la última dictadura creyeron instaurarse para siempre en la Argentina. Hasta cierto punto lo consiguieron, en tanto hay ideas y políticas de su repertorio que perduran. Los poderosos y gobernantes que llevan a la práctica (o toleran) estos programas potencialmente genocidas, ¿lo estarán haciendo también “para siempre”? Si esto es así, el miserable de tercera generación tendrá que convencerse de que está procreando a los desheredados de la cuarta generación. Y deberá agradecer al cielo por la vida sufriente que le dispensa.

5.4. Del sofisma a la eutanasia social

La realidad cotidiana de la Argentina y del mundo muestra que se puede presentar como triunfo el fracaso más estruendoso. Se puede y se piensa que debe hacérselo, para poner en práctica una vez más el sofisma, es decir, la verdad aparente con que se defiende lo falso: la verdad mentirosa del discurso oficial que trata de convencernos de que el rey desnudo va vestido.

Frescamente, con la maestría del actor que nos hace llorar con su dolor fingido, se intenta convencernos de que lo que vemos no es tal: que no hay miseria, ni corrupción, como tampoco autoritarismo ni manipulación político-cultural.

Quieren confundirnos, nos tienen confundidos. “Si quiere decir “no”, pero por las dudas se dice primero “sí” y enseguida “no” acerca del mismo hecho. El aturdimiento siempre ha sido anestésico y por la vía del mismo se procura, no tanto que no nos duela, sino que no nos demos cuenta de las amputaciones que nos hacen casi a diario. Cuando la “sociedad-paciente” cae en la cuenta ya es tarde, porque la “operación” ha terminado. Eso se refiere a la parte de la sociedad que se mantiene viva, porque lo de “amputación” no es una imagen sino una realidad: las políticas neo-conservadoras “limpian” la sociedad eliminando literalmente lonjas del cuerpo social. Gente que pasa hambre, se enferma y se muere por falta de trabajo y de sustento.

A las franjas condenadas de la sociedad – esa suma de pobres, nuevos pobres y pauperizados- (Minujin, 1992, p. 7) se les retiran los tubos, como a los enfermos terminales a quienes se desea ahorrar los últimos sufrimientos. Sin embargo, en este caso la consideración no es tan benigna: más que ayudarlos a bien morir (eso es lo que significa la palabra eutanasia) lo que se hace es eliminarlos en forma indirecta, como cuando a los sitiados se les corta el agua, la electricidad, los alimentos. En forma simbólica, se baja el pulgar como en la época del César. O como imaginó el director de la película *La Patagonia Rebelde* respecto al militar que con los dedos de la mano- sin palabras- condenaba a recibir cuatro tiros a los obreros huelguistas capturados.

La disparidad distributiva ya existía – pocos “provistos”, frente a muchos “desprovistos”-, pero el denominado “Estado de bienestar” equilibraba en parte la situación con asistencia y servicios a los más desprovistos. De ese Estado quedan los restos y el recuerdo. Salud, vivienda, seguridad social, educación, van cayendo por turno ante las políticas privatizantes (eufemísticamente, reconversoras). A tal punto esto es así, que Bustelo señala la erección del “Estado de Malestar”. Este, en vez de procurar que los efectos de la crisis se suavicen para los sectores débiles (y los debilitados), parece empeñado en profundizar esas consecuencias y llevarlas a su última instancia (Minujin, 1992, p. 125)

5.5. *Lázaros*

La sociedad argentina cuenta con una franja voluminosa de condenados por el pulgar inexorable de las políticas neo- liberales. Los más débiles de los débiles sucumben cada minuto, socavados por las privaciones y las enfermedades. Algunos no llegan a nacer; otros no completan el primer años de vida. Son los que alimentan las estadísticas de mortalidad prenatal e infantil. Hay quienes resisten más tiempo, pero siempre corren con desventajas y viven comparativamente menos que los que tienen mejor calidad de vida. Es muy injusto el dicho tan difundido de que “es cierto que los pobres viven mal, pero ellos se lo buscan y además están acostumbrados”. No hace falta haber estudiado para saber que ese supuesto acostumbramiento no impide que muchos mueran a causa de su pobreza.

Con todo, los sobrevivientes son numerosos. En el último escalón de la sociedad (y de la vida) pueden vivir con lo que los demás tiran. Como ése es su trabajo, lo asumen, lo defienden y quieren que la sociedad les otorgue un lugar, un reconocimiento. Para acercarse a ese objetivo se aferran a algo que- simbólicamente- otros están abandonando: las cooperativas, tal como fueron pensadas y construidas históricamente. ¿También en este caso los más pobres se sirven de los que los demás dejan? ¿Por qué unos estarían dejando algo que sirve a otras personas? ¿Por qué eso, de los cual querrían prescindir, puede convertirse en un objeto útil para otros? ¿Hay tanta prisa para abandonar un barco que- según parece- aunque con dificultades todavía navega? ¿Es el barco el nudo de la cuestión? ¿Es el tamaño de las olas? ¿Es la voluntad de enfrentar esa adversidad lo que flaquea? ¿No se puede como decía Baudrillard al principio, “utilizar la energía de la catástrofe”? ¿No será eso lo que- sin saberlo- están haciendo los más débiles y carentes?

Cerramos este trabajo con interrogantes parecidos a los del comienzo, pero cargados de referencias sugestivas, productos de una extensa búsqueda, reflexión y análisis sobre hechos, documentos y testimonios. Los años que ya están transcurriendo dirán si proliferan las cooperativas posmodernas que promueven diversos dirigentes y si además se difunden las cooperativas de los miserables y confinados. Estos, como nuevos Lázaros, mostrarían que la marcha continúa y que la voluntad de los seres humanos es cosa respetable siempre que la propia creatividad organizativa asuma el papel de fuerza movilizadora de lo que parecía sin vida.

Bibliografía

Aspiazu, D y otros, *El nuevo poder económico en la Argentina*, Legasa, Buenos Aires, 1986.

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI, Madrid, 1988.

- Bonaparte, Héctor. *Las cooperativas como sujeto de la investigación social*, Revista IDELCOOP, Buenos Aires, N° 73, Abr- Jun. 1992, pp. 89- 100.
- Bonaparte, Héctor, *Participación democrática y experiencia cooperativa*, Revista IDELCOOP, Buenos Aires, N° 72, Ene- Mar. 1992, pp. 6-22.
- Casullo, Nicolás, *El debate modernidad- posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires, 1989.
- Di Tella, T, y otros. *Diccionario de Ciencias Políticas y Sociales*, Puntosur, Buenos Aires, 1989.
- Douglas, M.; Baron, I., *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, Grijalbo, México, 1990.
- Feijoo, María del C., *La pobreza latinoamericana revisitada*, Nueva Sociedad, Caracas, 1992.
- Feyerabend, P., *La ciencia en una sociedad libre*, Siglo XXI, México, 1984.
- Galín, P. y Novich, M. (Comp.), *La precarización del empleo en la Argentina*, CEPAL, Buenos Aires, 1990.
- Glantz, Peter, *Política e Ilustración*, Debats, Barcelona, N! 29, Sept. 1989, pp. 103- 104.
- Himmelfarb, Gertrude, *La idea de la pobreza*. Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Holyoake, G.J. *Historia de los pioneros de Rochdale*, Intercoop, Buenos Aires, 1989.
- Jameson, Fredric, *Ensayos sobre el posmodernismo*, Imago Mundi, Buenos Aires. 1991.
- Laidlaw Alexander, *Las cooperativas en el año 2000*, Intercoop, Buenos Aires, 1981.
- Méndle, E.; Benecke, D.W. ; y otros, *Cooperativismo*, CIEDLA, Buenos Aires, 1992.
- Marí, Enrique y otros ¿ *Posmodernidad?*, Bilblos, Buenos Aires, 1988.
- Minujin, Alberto (Comp.) *Cuesta abajo*, UNICEF- Losada, Buenos Aires, 1992.
- Notico*, Confederación Cooperativa de la República Argentina, Buenos Aires, N° 3, Nov. 1992.
- Notico*, Confederación Cooperativa de la República Argentina, Buenos Aires, N° 4, Dic. 1992.
- Notico*, Confederación Cooperativa de la República Argentina, Buenos Aires, N° 5, Feb. 1993.
- Notico*, Confederación Cooperativa de la República Argentina, Buenos Aires, N° 6, Mar- Abr. 1993.
- Nun, José, *Crisis económica y despidos en masa*, Legasa, Buenos Aires, 1988.

Nun, J. y Portantiero J.C. (Comp.), *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*, Puntosur, Buenos Aires, 1987.

Picó, J., *Modernidad y Pos-modernidad.*, Madrid, 1988.

Rezzónico, Alberto. *Los cambios operados en los escenarios cooperativas*, Revista IDELCOOP, Buenos Aires, Ene- Mar. 1991, pp. 9-16.

Romero, José L., *Estudio de la mentalidad burguesa*. Alianza, Buenos Aires, 1987.

Teubal, Miguel, *Hambre y alimentación en la Argentina*, Realidad Económica, Buenos Aires, 1989.

Touraine, Alain, *Modernidad y especificidades culturales*, Revista Internacional de Ciencias Sociales, UNESCO, PAIS, N° 18, Diciembre 1988, pp. 469- 484.

Wolf, John A., *la crisis de los valores cooperativos*, Revista IDELCOOP, Buenos Aires, N° 72, Ene- Mar, 1992, pp. 44 – 52.